



INFORME APROBADO POR EL PLENO DEL COMITÉ CENTRAL AMPLIADO DE ENERO DE 2017

Situación internacional

El ritmo de los acontecimientos políticos se acelera constantemente. Baste decir que celebramos nuestro último pleno en las fechas en que se conocía el resultado del referéndum británico que aprobó la salida de la UE y cuando, en el terreno interno, todas las encuestas daban como seguro el *sorpasso* de Unidos Podemos sobre el PSOE y la posibilidad, por lo tanto de un gobierno de “progreso” que acabara con el de Rajoy.

En estos seis meses se han sucedido las sorpresas: el no en el referéndum que debía sancionar el acuerdo entre las FARC y el gobierno colombiano, el golpe de Estado en Turquía, la victoria de Trump en las elecciones yanquis del 8 de noviembre y la derrota de Matteo Renzi en el reciente referéndum en Italia, son otros tantos resultados contra pronóstico, cuyas consecuencias aún no podemos prever del todo, pero que apuntan a la entrada en una nueva fase.

Carlos Marx ya demostró que es inherente al modo capitalista de producción la repetición cíclica de crisis de sobreproducción que se superan tras un breve periodo de recomposición y concentración del capital; y que el desarrollo capitalista tendía por encima de eventuales correcciones, hacia la creación de un mercado mundial (lo que conlleva la eliminación de las barreras al capital) y el predominio del capital financiero, factores ambos que vienen a agudizar las contradicciones internas en las estados capitalistas. Ahora estamos comprobando de nuevo la justeza del análisis de Marx.

Las crisis capitalistas se han sucedido con mayor o menor virulencia a lo largo de los últimos cuatro decenios, pero nunca (con la excepción de la crisis de principios del siglo XX, precursora de la Segunda Guerra Mundial) habían afectado al corazón de la economía imperialista con la virulencia con que lo hace ahora. Diversos son los factores que contribuyen a ello: la creciente financierización de la economía, que provoca continuas “burbujas”, la rápida mejora técnica en los procesos de producción que ha traído consigo la informática y la automatización, que provocan un cambio en la composición orgánica del capital y la consecuente reducción de la tasa de ganancia, etc.

En una economía cada vez más “globalizada”, más internacionalizada, cuando los mercados están en disputa y a los capitalistas les resulta más rentable invertir en instrumentos financieros y en la producción fuera del estado donde reside la matriz de la empresa, allí donde el mercado de trabajo es más barato, finalmente, la base política que permite asegurar el dominio de las grandes empresas transnacionales que controlan el mundo sigue siendo nacional, se asienta en la estructura estatal sobre la que se basó el surgimiento y dominio de la burguesía como clase dirigente. De ahí que asistamos a una vuelta a las tesis proteccionistas y nacionalistas de un sector de la burguesía de las potencias imperialistas centrales, que ve amenazado su estatus.

Hasta ahora se trataba de recomponer los mecanismos de la economía capitalista, sin alterar el *statu quo*; todos los sectores de la burguesía aceptaban las reglas de juego. Ahora está en entredicho la correlación de fuerzas entre ellos, tanto en el terreno internacional como en la correlación de fuerzas interna de las oligarquías nacionales.

Estas contradicciones están provocando el enfrentamiento constante entre la gran potencia dominante (EEUU) y las emergentes (China y, en menor medida, Rusia) por mantener o aumentar sus áreas de influencia, y el debilitamiento de la Unión Europea, un bloque que atraviesa serios problemas. Y están provocando, también, la pelea abierta entre las diversas facciones de las burguesías nacionales: entre quienes apuestan abiertamente por eliminar las barreras

proteccionistas y quienes ven en ellas no solo el señuelo para atraer a parte de la aristocracia obrera que percibe la globalización como una seria amenaza real al modelo de pacto social que hasta ahora le garantizaba una posición relativamente cómoda en tiempos tan revueltos, sino una garantía de mantener sus intereses de clase, amenazados en la medida en que se “difumina” el control estatal.

Ya hemos venido insistiendo en otros informes sobre el hecho de que la profundización de la crisis económica del imperialismo estaba agudizando las contradicciones políticas. Era este un proceso que afectaba hasta ahora a la periferia, provocando cambios en los Estados que, dentro de las áreas de influencia de las distintas potencias, pretendían llevar adelante procesos nacionales “originales”: las revueltas populares en el norte de África y el Magreb en 2011, utilizadas por los imperialistas para intervenir directamente en la zona, desmembrando los estados y rompiendo la relativa estabilidad de la región; los cambios intervenidos estos últimos meses en Latinoamérica, donde uno tras otro los distintos procesos reformistas han ido entrando en crisis, etc. Lo nuevo es que la pelea entre los distintos sectores de la burguesía por dominar las instituciones del Estado, y el “desorden” político, se han trasladado al centro de los estados imperialistas.

La crisis iniciada en 2008 no ha terminado y sus consecuencias sociales y políticas continúan agravándose en la Europa capitalista. Las tensiones en la UE que amenazan su propia existencia son consecuencia de ello, previsible por cuanto la coexistencia entre intereses imperialistas que, en esta nueva etapa, divergen hace mucho más difícil el acuerdo entre las oligarquías nacionales del bloque capitalista europeo.

Dos ejemplos recientes pueden permitirnos comprobar hasta qué punto la crisis económica que vive la UE no remite: el Deutsche Bank (cuyo principal accionista, por cierto, es la dictadura teocrática de Qatar, uno de los actores estelares en los conflictos de Oriente Próximo, que posee el 10% de sus títulos), conocido como el prestamista más grande de Alemania, atraviesa desde hace meses serios problemas, agravados por la exigencia del Departamento de Justicia de EEUU, que le reclama el pago de 14.000 millones de euros en concepto de sanción por sus responsabilidades en el hundimiento de Lehman Brothers que diera inicio al crac de 2008. De enero a octubre de este año, sus acciones han perdido el 58% de valor (más del 20% solo en el mes de septiembre); y llueve sobre mojado, por cuanto en 2015 había experimentado una pérdida neta de valor de más de 6.500 millones de euros.

En octubre pasado volvieron a ser insistentes los rumores sobre su hundimiento, especulándose con la intervención del Estado alemán para evitarlo. Finalmente, el Departamento de Justicia yanqui parece decidido a suavizar su sanción, para evitar el efecto dominó que la caída del Deutsche Bank tendría sobre el sistema financiero internacional.

Por su parte, coincidiendo con la crisis provocada por la derrota de Renzi en el referéndum, la Banca Monte dei Paschi tuvo que ser rescatada por el nuevo presidente, Paolo Gentiloni, elegido por el Parlamento de ese país, confirmando así la existencia de gravísimos problemas en el sistema financiero italiano. *“Fracasar en la salvación del Monte dei Paschi sería devastador para todo el sistema bancario”*, había escrito el diario *La Repubblica*.

La entidad toscana había perdido en un año el 80% de su valor y necesitaba obtener 2.068 millones de fondos institucionales internacionales (como en el caso de Bankia y otras cajas de ahorro españolas, la banca MdP había vendido acciones “preferentes”, estafando a los pequeños ahorradores).

La operación, que costará al estado italiano 20.000 millones de euros, fue criticada por el ministro de Finanzas alemán en estos términos: *“La Unión Bancaria está para respetarse: es inaceptable que otros países la cumplan e Italia no”*. El representante de la CDU, el partido de Merkel ante el Comité de Finanzas del Bundestag, aseguraba que *“en el caso MPS se está sorteando la normativa de la UE”*.

También Commerzbank, el segundo mayor banco comercial alemán, y otros gigantes financieros europeos (Crédit Suisse, USB, Barclay’s, Royal Bank of Scotland) atraviesan graves problemas. Según un estudio realizado por la Autoridad Bancaria Europea, los bancos europeos

tienen *malos créditos* por un total de un billón de euros (360.000 solo los bancos italianos).

Al otro lado del Atlántico, hace unos días, la *Fed* (Reserva Federal de EEUU) subía los tipos de interés del 0,5 al 0,75%. Era la primera subida de 2016 y la segunda en los últimos diez años, y los responsables del regulador yanqui advertían de que habrá otras en 2017.

Esta decisión hay que interpretarla como un intento de mejorar la situación de la potencia imperialista y de su sistema financiero, sobre cuyo mal estado de salud se ha especulado mucho los últimos meses. Las consecuencias para los rivales en la pelea interimperialista van a ser negativas; subirá, además, el coste de la deuda de países como el nuestro, incrementará la inflación y el precio de las materias primas, agravando en consecuencia los problemas de algunas economías “emergentes”, etc.

En noviembre, la OPEP aprobaba, por primera vez desde 2008, un recorte en la producción de petróleo, con el objetivo de aumentar su precio, en caída libre los últimos meses; con ello, los países productores intentan paliar en parte la grave crisis que la bajada del precio del petróleo ha causado a sus economías. No obstante, es previsible que esta medida, en cuya adopción ha sido decisivo el papel de Rusia, productor de petróleo aunque no miembro de esa organización de exportadores, no tenga el efecto esperado si el nuevo gobierno Trump (quien reiteradamente ha negado el cambio climático) pone en marcha su prometido paquete de medidas energéticas: incremento del *fracking*, recuperación del carbón, etc., contenidas hasta ahora por sus negativas consecuencias medioambientales. De hecho, Trump ha nombrado como Secretario de Estado al Presidente de la petrolera Exxon Mobil.

En cualquier caso, medidas como estas son previsibles por parte de una u otra potencia, conforme se encone la guerra económica abierta entre ellas. Con todo, una cosa debe quedar clara: de todas estas decisiones adoptadas por las grandes potencias imperialistas para mejorar su posición en la guerra abierta por los mercados y suavizar los efectos de la crisis capitalista en su propia economía, será la clase trabajadora la que pagará el precio en términos sociales y políticos.

El resultado de las elecciones en EEUU ha venido a profundizar la crisis política y a desconcertar a los portavoces de la oligarquía. El triunfo de Trump provocó una reacción inesperada; una parte del *stablishment* yanqui ha saltado en bloque contra él, alarmada por los exabruptos del personaje, acusándole de manipular las elecciones con la ayuda de Rusia y poner en riesgo los pilares de la “democracia” en EEUU¹. Incluso la Casa Blanca encargó un estudio de sus agencias de inteligencia sobre la participación de Rusia en una campaña de manipulación informática cuyo objetivo era debilitar la candidatura del Partido Demócrata a las elecciones. Las conclusiones de este informe advierten a otras “democracias liberales” de la posible intromisión de los servicios de inteligencia rusos en sus elecciones, por medio de ciberataques. Las reglas amañadas que rigen las relaciones políticas entre los diferentes sectores de la burguesía en los estados liberales están amenazadas por la intromisión de potencias ajenas, viene a ser la conclusión; como Obama dijo a Trump: *“Putin no juega en nuestro [su] equipo”*².

¹ El economista Paul Krugman criticaba de esta forma, en las páginas de *El País*, la actitud del Partido Republicano y de su candidato Trump, acusándole de ir contra los “valores estadounidenses fundamentales”: «¿Y qué impulsa ese comportamiento? No creo que sea algo puramente ideológico...No guarda relación con la lucha de clases; la redistribución de la riqueza de las clases baja y media entre los adinerados está presente en todas las políticas republicanas [del Partido Republicano, se entiende] modernas...todo esto deja clara una cosa: que la enfermedad de la política estadounidense no empezó con Donald Trump, como tampoco la enfermedad de la República Romana empezó con César: los cimientos de la democracia hace décadas que se están erosionando y nada garantiza que alguna vez sea posible restaurarlos».

² Un reciente informe del Consejo Nacional de Inteligencia de EEUU, cuyo título es revelador: *“Tendencias globales. Paradojas del progreso”*, prevé un aumento de las tensiones internas y externas en diferentes países, llegando a afirmar que *“El paisaje mundial que emerge pondrá fin a la era de dominación estadounidense, iniciada después de la guerra fría”*. El informe, de tono apocalíptico, pronostica que *“será cada vez más difícil mantener la cooperación internacional, la seguridad y la prosperidad económica”* y recomienda que *“Washington refuerce sus alianzas en Occidente, en la medida en que Rusia y China*

Las declaraciones incendiarias del presidente de la primera potencia imperialista han alimentado miles de páginas de la prensa. Sus críticas al sistema financiero durante la campaña, sus piropos a Putin, sus exigencias a las multinacionales yanquis para que retornen al país si no quieren tener que pagar aranceles, su promesa de construir un muro en la frontera con México que además “pagará ese país” (su predecesor Obama había completado ya casi la mitad) y expulsar a los inmigrantes (durante el mandato de Obama se expulsó a más de dos millones de ellos); y, sobre todo, su posición contraria a los tratados de libre comercio (la candidata Clinton se vio obligada en plena campaña a denunciar el tratado Transpacífico, una de las “joyas” del mandato Obama) y claramente proteccionista, hicieron saltar todas las alarmas.

Uno de los argumentos que da el pistolero Trump, para justificar su actitud beligerante con México, es que el saldo comercial entre México y EEUU es favorable al primero en 60.000 millones de dólares. Lo que únicamente significa que las grandes empresas multinacionales de EEUU deslocalizan una buena parte de su producción hacia México y otros países donde la mano de obra y las ventajas fiscales abaratan su coste: en la zona próxima a la frontera de Tijuana domina la producción desregulada en régimen de maquila.

Hace unos días, la prensa informaba de que los servicios secretos yanquis sospechan que el gobierno ruso dispone de documentos comprometidos tanto de Trump, como de su rival Hillary Clinton, con los que podrían haber chantajeado a aquel.

Respecto a China, la potencia que se perfila como principal competidora de EEUU, Trump ha mantenido en todo momento una actitud abiertamente hostil, lo que contrastaba con su “idilio” con Putin. El diario *El País* publicaba, el pasado 21 de diciembre, un alegato en contra de la anunciada política internacional de Trump y en particular de sus amenazas contra el gigante chino y el acercamiento a Rusia: *«Sin darse cuenta, el electorado estadounidense parece haber abierto las puertas a una nueva guerra fría en la que el poder de EEUU será mucho menor que la primera vez... Su retórica contra China es tan fuerte como su acercamiento a la Rusia de Vladimir Putin. Queda por ver qué ventajas estratégicas conseguirá Trump de hacer tratos con Rusia, un país que está fomentando la oposición contra la democracia liberal en Europa y que ayudó a Trump a derrotar a Hillary Clinton. Pero el antagonismo de Trump hacia China es un juego que no le va a reportar ningún beneficio... Michael Flynn, el teniente general retirado... asesor de seguridad nacional de Trump, cree que China está en la misma liga que el Estado Islámico y otros grupos terroristas... Rex Tillerson, designado para la Secretaría de Estado, es un viejo amigo de Rusia: Putin le concedió la Orden Rusa de la Amistad en 2013... Las posibilidades de que tenga lugar un incidente con la China mucho más resoluta y firme actual, ya sea sobre Taiwán, el Mar del Sur de China o el Mar del Este de China, son considerablemente mayores ahora que en 2001; además, el poder militar de China es mucho mayor que el de entonces... ¿Podemos confiar en los instintos de Trump en una crisis? ¿Putin actuará como un freno, o incluso como un mediador, entre unos Estados Unidos a la defensiva y una China en ascenso? Todavía no podemos saber la respuesta. Lo que sí sabemos es que el asesor más cercano de Trump es un hombre que considera a China un enemigo mortal».*

Conforme se acercaba la fecha de su toma de posesión, Trump iba dando a conocer la orientación de su mandato y dejaba claro que su apuesta no es en modo alguno rupturista. El mismo Jens Stoltenberg, secretario general de la OTAN, revelaba tras entrevistarse con él que, cuando asuma la presidencia de EEUU, no cumplirá con lo que había dicho durante la campaña electoral, sino que mostrará su apoyo a la Alianza Atlántica. Eso sí, mantiene como su antecesor, Obama, la exigencia de que todos los “socios” del bloque militar imperialista gasten un mínimo del 2% del PIB en defensa.

Tampoco han ido más allá las acusaciones de Trump durante la campaña electoral contra el consorcio financiero Goldman Sachs, al que acusaba de explotar a la clase trabajadora. Al menos tres de los principales cargos de su nuevo gobierno proceden de ese turbio emporio financiero: Gary Cohn, que se encargará de dirigir el Consejo Económico Nacional de la Casa Blanca, Steven Mnuchin, como secretario del Tesoro, y Wilbur Ross, que dirigirá el Departamento de Comercio.

Así pues, lo que está en marcha es una remodelación del reparto de responsabilidades en el

tratarán de expandir las suyas”.

control de las instituciones del Estado entre los diferentes sectores de la oligarquía estadounidense, acompañada del refuerzo de las posiciones más agresivas en materia de defensa, represión interna y política internacional. No ha tardado el gobierno de Israel en celebrar la elección de sus responsables en cuestiones de seguridad y sus declaraciones de apoyo a la declaración de Jerusalén como “capital indivisa” del Estado sionista.

Como vemos, poco a poco se va configurando un mapa internacional en el que se confirman algunas tendencias ya tratadas en anteriores informes. Insistimos en ellas:

- Debilitamiento de la Unión Europea, que puede ir a más conforme se agudice el desequilibrio entre las economías nacionales de sus Estados miembro, las tensiones entre las economías dominantes (en particular la francesa y la alemana) la persistencia de graves problemas financieros imposibles de afrontar por estados sujetos a la disciplina de la UE, etc.

La crisis económica tiene una aguda expresión política. En toda Europa, la socialdemocracia está en retroceso; incluso fuerzas como Syriza o Podemos, que se presentaban como lo nuevo, han quemado en apenas año y medio gran parte de sus expectativas. Crece el populismo de derechas reaccionario, amparado en programas que recurren muchas veces a los tópicos popularizados por los oportunistas, diluyendo en conceptos vacíos de contenido (los de arriba y los de abajo, la casta, etc.) su ideología reaccionaria. Hemos llegado a una situación en la que representantes de la oligarquía como Merkel u Hollande se amparan en un falso discurso humanitario, moderado y progresista para intentar ganar apoyo popular a sus políticas frente al fascismo.

Este año está prevista la celebración de elecciones en diversos países europeos; en el caso de Francia, los dos candidatos de la derecha con más posibilidades de disputarse la presidencia del país defienden la salida de la UE y parecidas políticas “proteccionistas”, xenófobas y nacionalistas; en Alemania, el reaccionario partido Alternativa por Alemania derrotó en las elecciones de un estado oriental a la CDU de Angela Merkel, y amenaza con mejorar sus resultados en las próximas elecciones federales. Es posible, por tanto que las tensiones internas entre los diversos sectores de la oligarquía imperialista europea terminen destruyendo la Unión.

- Debilitamiento de los procesos populistas en Latinoamérica, subcontinente donde se libra una sorda batalla entre China y EEUU, que provoca una tensión política en aumento. La situación en Venezuela es verdaderamente dramática; en Brasil, se ha confirmado en las últimas elecciones departamentales el hundimiento del PT de Lula, que encara diversos procesos por corrupción, etc.

A todo ello, debemos añadir el más que probable cambio en la política yanqui hacia Cuba: Trump ya ha amenazado con reinstaurar el criminal bloqueo contra el heroico pueblo cubano...

- Relativo debilitamiento del papel internacional de la economía china (producto, entre otros factores, de las medidas adoptadas por su gobierno para el “cambio de patrón” de crecimiento, orientándolo hacia la producción interna, el crecimiento de su burbuja inmobiliaria, etc.). Insistimos en que se trata de un debilitamiento relativo, por cuanto la penetración de la potencia china en la economía de numerosos países sigue profundizándose. China, por otra parte, refuerza continuamente su poderío militar, como veremos más adelante, particularmente en la zona del Pacífico cercana a sus costas, donde ha construido instalaciones militares al objeto de crear un cinturón defensivo. La tensión en el área Asia-Pacífico va en aumento.
- El continente africano es también escenario de la lucha interimperialista. Si bien la presencia e intervención de las antiguas metrópolis, en especial Francia, sigue siendo importante, han aparecido nuevos actores en la pugna por el saqueo de los inmensos recursos naturales de África. La presencia de China se incrementa de forma notable en los últimos años, en forma de inversiones de capital, préstamos y financiación de infraestructuras. Y ahora algunos países de Oriente Próximo, como Qatar y Arabia

Saudita, están penetrando económicamente en el continente a través de la compra de tierras.

África es objeto de un drenaje de sus riquezas naturales que condena a los pueblos a la miseria y el subdesarrollo extremos. El origen de la masiva emigración africana hacia Europa es producto del saqueo imperialista, organizado históricamente por las grandes potencias europeas, y al que en los comienzos del siglo XXI se suman nuevos países, así como de las guerras que éstas azuzan y fomentan.

- A la suma de estos factores se añade, además, la agudización de las tensiones interimperialistas en el límite oriental de Europa (Ucrania y el resto de las repúblicas exsoviéticas) y Oriente Próximo. Como consecuencia de ello, la Turquía de Erdogan ha pasado a jugar un papel determinante en la situación de esa zona, convertida en un polvorín. Resurge, también como potencia regional, Rusia, que languidecía tras su retorno al capitalismo rampante y reclama ahora su lugar entre las potencias imperialistas.

La guerra de Siria, donde confluyen los intereses contrapuestos de las grandes potencias, puede servir de ejemplo de la tendencia hacia la inestabilidad y a los cambios continuos de alianzas entre los Estados, característicos de esta nueva etapa, así como de la confusión y manipulación constantes de las potencias imperialistas.

El Oriente Próximo es la zona de producción o tránsito de gran parte de la energía que llega a la Unión Europea. Allí lleva años desarrollándose una guerra entre las potencias que la han convertido en un foco de tensión permanente, pero la realidad está oculta por una maraña de informaciones manipuladas por potentes aparatos de propaganda que manejan a su antojo las redes virtuales, repitiendo una versión edulcorada de los acontecimientos.

El 70% del petróleo y el 65% del gas que produce Rusia se exporta a la UE. El golpe en Ucrania (puerta de entrada del gas ruso en Europa), patrocinado por EEUU y la UE, que no dudaron en apoyarse en fuerzas abiertamente nazifascistas, fue el segundo paso de una estrategia dirigida a desestabilizar esta área de gran importancia geoestratégica.

Antes, con ayuda de las teocracias del Golfo Pérsico (Arabia Saudí y Qatar), las potencias occidentales, encabezadas por EEUU, intervinieron directamente en la revuelta iniciada en Siria en 2011 y fomentaron los movimientos islamistas y todo tipo de rivalidades tribales y religiosas, provocando una guerra que aún dura y que ha costado la muerte de más de 350.000 personas y la huida de más de cinco millones (el 20% de su población). El objetivo de los imperialistas es romper el Estado sirio, con el fin de manejar con facilidad los intereses contrapuestos de las diversas facciones en guerra en su propio beneficio. La consecuencia, como ya ocurriera tras la intervención en Irak, Afganistán y Libia, ha sido el refuerzo de fuerzas fanáticas que ahora escapan al control de sus patrocinadores.

Qatar e Irán (el primero, junto a EEUU y Arabia Saudí, arma a las facciones islámicas opuestas al régimen de Bashar al-Assad, del que el segundo país es, junto a Rusia, el mayor apoyo militar) comparten la mayor reserva mundial de gas natural. En 2009, Qatar propuso a Bashar al-Assad construir un gasoducto para llevar el gas a Europa pasando por territorio sirio; el presidente sirio prefirió participar en otro proyecto propuesto por Irán; Rusia, por su parte, que provee a Europa del 30% del gas que consume, busca otras vías de envío que no pasen por Ucrania. Es fácil determinar el interés de estos países en intervenir en el conflicto.

Después de cinco años de guerra, la dramática situación del pueblo sirio ha vuelto a saltar a primera página de los periódicos, tras el inicio de la ofensiva del régimen de Al-Assad, ayudado por la aviación rusa, contra las milicias de la oposición. A la hora de establecer una posición, la pequeña burguesía "bienpensante" solo ve razones humanitarias y pasa de puntillas sobre las causas reales de la carnicería, abrazando las tesis del bloque encabezado por EEUU, que cargan sobre el régimen sirio toda la responsabilidad³.

³ Así se resumen las causas del conflicto en un interesante artículo publicado en *Sin Permiso*, con el título

La amenaza que se cernía sobre los intereses rusos en la zona llevó a Putin a forzar la separación de Crimea de Ucrania y, posteriormente, la intervención del ejército ruso en la guerra de Siria, en apoyo de Al-Assad.

Ahora bien, la intervención del régimen de Putin no se basa en criterios de solidaridad o internacionalismo. Los aviones rusos defienden los intereses de su oligarquía, que restableció el sistema capitalista en Rusia, fragmentó la URSS y se apropió del producto social creado por la economía planificada, recurriendo a métodos mafiosos.

No son la vuelta al socialismo o la defensa del internacionalismo los objetivos de Putin, la cabeza de la nueva burguesía imperialista rusa, sino la defensa de sus intereses de clase y desarrollar una política expansionista que la conviertan en una potencia local, con capacidad de intervenir de forma autónoma en el reparto de áreas de influencia en marcha.

Conviene también que nos detengamos brevemente en el papel que juega Erdogan, al aprovechar la situación estratégica de Turquía para reforzar a la nueva oligarquía turca, utilizando argumentos del obtuso nacionalismo que arrastró al imperio otomano a la Primera Guerra Mundial. Erdogan, que en los primeros años de la guerra en Siria sostuvo a las fuerzas fundamentalistas islámicas, permitiendo el paso de petróleo y armas por su frontera, y que se comprometió con la UE, a cambio de no menos de 3000 millones de euros, a retener el flujo constante de refugiados que huyen de la guerra, en unas condiciones verdaderamente inhumanas que han vuelto a salir a la luz con el crudo temporal de invierno en el este de Europa; el mismo Erdogan que negocia con los sionistas el posible tránsito del gas proveniente de la bolsa descubierta en el Mar Negro por Israel, y se declara socio y protector del imperialismo occidental en la zona, gira bruscamente después del golpe de julio pasado y se alía con Rusia para terminar, hace unos días, acusando a la administración Obama de crear el denominado Estado Islámico.

El régimen turco, que aumentaba hace unos meses la tensión internacional al derribar un avión ruso en misión de guerra en Siria, acuerda ahora directamente con Rusia e Irán (otro de sus rivales en la zona) la tregua en Alepo y la convocatoria de una conferencia de paz, a la que no ha sido invitado el Gobierno yanqui. Solo los ilusos o malintencionados consideran que son criterios humanitarios los que guían a Erdogan y su camarilla.

Como ya han denunciado los camaradas del EMEP, el régimen turco avanza hacia una dictadura fascista, tras desatar una brutal campaña de represión dirigida contra el pueblo kurdo, sus representantes políticos y la oposición democrática, utilizando como excusa la limpieza de las instituciones del Estado, tras el golpe del 15 de julio.

Crecen el militarismo y los enfrentamientos entre las potencias. Particularmente en el este de Europa y el Pacífico: las zonas, insistimos, en las que se centran las contradicciones entre ellas. Estos días, el ejército yanqui ha comenzado el despliegue de los cuatro nuevos batallones de la OTAN en Polonia y las repúblicas exsoviéticas. En mayo del año pasado, los ejércitos de

“Alepo y las izquierdas”: «Partamos de la crisis estructural del régimen del Partido Ba’ath sirio, que se hizo especialmente grave a fines de la década de 1990, con la caída de los precios del petróleo, la escalada del déficit fiscal del sector público y las consecuencias del cambio climático en el sector agrícola. La respuesta de Bashar al-Assad al suceder a su padre fue la aconsejada por el FMI y el BM: la paulatina aplicación de las políticas neoliberales y la ampliación de las bases del régimen, sin cambiarlas...Ni que decir tiene que esas reformas económicas fracasaron y que la pobreza se incrementó alarmantemente en paralelo a una creciente emigración rural a los barrios miseria que rodearon las urbes. Todo ello sin el menor gesto de democratización del régimen, que se limitó a permitir el desarrollo de redes asistenciales a partir de las mezquitas y las iglesias con financiación privada como respuesta asistencial a la cada vez mayor crisis social. La “primavera árabe” siria, que comenzó con las protestas de marzo de 2011 en Dar’a y se extendió en pocos meses por las principales ciudades del país, fueron una respuesta popular en gran medida espontánea a la crisis estructural descrita. La oposición política —desde los Hermanos Musulmanes hasta la pequeña izquierda intelectual laica— se encontraba casi en su totalidad en el exilio ...Pero desde que los mandos del Ejército Sirio de Liberación (ESL) se refugiaron en Turquía, la oposición militar se separó ya de la civil, y paso pronto a ser completamente dependiente de Turquía, Arabia Saudí, Qatar y EE UU....La naturaleza del conflicto cambió a lo largo de este proceso de militarización y movilización sectaria (religiosa y étnica) financiado y apoyado por las diferentes potencias regionales en el conflicto geopolítico de Oriente Próximo.»

China y Rusia realizaron maniobras militares conjuntas por primera vez en el Mediterráneo. El ejército ruso informaba del ensayo de 140 nuevas armas en la guerra siria, cuya venta ofrecía a sus posibles aliados para “combatir el terrorismo”; China incrementa su presencia militar en el Pacífico: se atribuye la soberanía de cerca del 90% del Mar del Sur de China que otros cinco países disputan; un mar por el que pasa anualmente un tráfico marítimo de cinco billones de euros en bienes. El último incidente ha sido la recuperación por buques chinos de un *dron* submarino que prueba la constante presencia de submarinos de EEUU en la zona.

Recién elegido presidente de EEUU, Trump declaraba: *“Estados Unidos debe fortalecer y expandir su capacidad nuclear hasta el momento en que el mundo llegue a sus sentidos con respecto a las armas nucleares”*. Esta provocación del matón yanqui era respondida por Putin: *“Necesitamos fortalecer el potencial militar de las fuerzas nucleares estratégicas... Especialmente mediante el fortalecimiento de los complejos de misiles que puedan penetrar con fiabilidad en cualquier sistema de defensa antimisiles, existentes y futuros”*. Todo ello viene a confirmar que nuestro país, donde se alojan parte de las estructuras del complejo antimisiles yanqui, es un objetivo militar en caso de enfrentamiento interimperialista.

En esta coyuntura de cambios constantes, se promueve todo tipo de corrientes y alternativas políticas que pugnan por una solución a la crítica situación que vive el imperialismo, sin superar el modelo capitalista de producción y el Estado burgués. Y vamos a ver también cómo muchas fuerzas “progresistas” toman partido por una u otra potencia imperialista en los conflictos que su política agresiva y expansionista crea.

Incluso algunas organizaciones que se autodefinen como comunistas, a pesar de que su radicalismo se reduce a apoyar las teorías más aberrantes y las más extravagantes modas pequeñoburguesas, confunden el momento histórico hasta el punto de saludar la victoria del populista ultrarreaccionario Trump en EEUU como el inicio de una nueva era de hermandad entre las potencias. La “química” que parece existir entre este personaje y el gánster Putin, que han llegado a hablar con descaro de un reparto “ordenado” del mundo, viene a ser, a los ojos de estos “marxistas” iluminados, una reedición de la alianza antifascista, posición esta que no es más que una versión renovada de la vieja tesis del *ultraimperialismo* del renegado Kautsky, que en plena Primera Guerra Mundial defendía la teoría de que el desarrollo del capitalismo terminaría derivando en un mundo futuro de paz entre las potencias imperialistas, que comprenderían las ventajas de la cooperación entre ellas.

Paralelamente, en conflictos como el sirio, donde chocan intereses capitalistas contrapuestos que utilizan todo su arsenal propagandístico para manipular la opinión pública y confundir a las masas, otro sector de la izquierda reformista toma partido por el imperialismo yanqui y sus aliados, que intervienen en apoyo de las facciones islámicas más reaccionarias, basándose en falsos criterios humanitarios para cargar toda la responsabilidad de la guerra en el régimen baasista y sus aliados, olvidando que la fragmentación del Estado sirio traería como consecuencia que quedase a merced de un sistema de bandas armadas y microestados, que permitirían al imperialismo hacerse fácilmente con sus riquezas y aprovechar la privilegiada posición geoestratégica de Siria, manejando en su provecho la guerra permanente entre facciones, cuyas consecuencias pagarían los pueblos. Ese resultado devolvería al país árabe a una situación neocolonial. No otra ha sido la política imperialista en Irak, Libia, etc.

Es fácil, en un mundo tan complejo, en el que brotan de forma muchas veces exacerbada y súbita las contradicciones de un modo de producción basado en la explotación del ser humano y en la anarquía productiva, perderse en las ramas de la ideología burguesa dominante y adoptar una posición ajena al interés general de nuestra clase.

Por eso, es prioritario dar la batalla contra las desviaciones ideológicas que la pequeña burguesía ha transformado en lugares comunes e ir definiendo concretamente nuestra posición sobre las principales cuestiones a debate. Esta es una tarea que ya hemos iniciado con sucesivos artículos respecto al problema de género en la lucha del proletariado, la posición de los comunistas sobre la Unión Europea, la crítica sobre las diversas desviaciones ciudadanistas, etc.;

pero es imprescindible profundizarla para orientar a los elementos más activos de la clase obrera hoy desanimados y confusos por la rapidez de los cambios y la constante labor del oportunismo.

La cuestión es que los acontecimientos se suceden a toda velocidad. Los próximos meses se celebran las elecciones presidenciales en Francia, donde, después de un mandato del partido socioliberal cargado de ataques al proletariado y las clases populares –del que la reaccionaria reforma laboral contestada valientemente en la calle por los trabajadores galos es el resumen–, los dos candidatos de la derecha: Fillon y Le Pen, con más posibilidades de ganar la presidencia, se han mostrado contrarios a mantener a Francia en la Unión Europea.

El *Brexit* ha abierto una brecha por la que es posible que termine naufragando el proyecto de unidad imperialista europea: las grandes economías no encuentran ya ventajas suficientes en la cesión de soberanía y prefieren explorar sus alianzas de forma autónoma, mientras que economías como la nuestra están inmersas en una espiral de recortes impuestos por las instituciones de la UE que las arrastran al desastre social y hace crecer, consecuentemente, el rechazo popular hacia la Europa del Capital y de la Guerra.

Y los comunistas no podemos ser espectadores pasivos. Como señalábamos en un reciente artículo de nuestro periódico, las fuerzas pequeñoburguesas se limitan a reclamar una reforma de la Unión Europea, la vuelta al “capitalismo bueno” de la libre competencia y la política social; pero la oligarquía está adoptando una posición de vuelta al proteccionismo económico y al nacionalismo político. La oligarquía se prepara para un nuevo marco de enfrentamiento en el que quiere verse libre, para buscar las alianzas que considere necesarias y pelear por su cuenta por los mercados en disputa.

La cuestión es que, particularmente en las economías ligadas a estrictos planes de pago de deuda, como la nuestra, el margen de maniobra es prácticamente nulo y se estrecha continuamente. Como estamos viendo en Grecia, el reformismo no está en condiciones de desarrollar una política independiente y se termina plegando a las presiones del núcleo dominante en la UE, encabezado por Alemania. En el futuro próximo van a continuar los recortes y las reformas reaccionarias, lo que va a aumentar la presión sobre el proletariado y las clases populares. Es posible, en fin, que la ruptura de la UE sea solo cuestión de tiempo, y que se lleve a cabo controlada por las oligarquías nacionales.

En cualquier caso, lo que va quedando claro es que no es posible hablar de una Europa unida de los pueblos sin que antes estos se hayan deshecho de su propia burguesía. Es por lo tanto prioritario enfocar la lucha en un sentido de ruptura con el orden económico interno, superando, en alianza con otras corrientes populares, un modelo de desarrollo que limita nuestro futuro.

Únicamente aplicando un programa de nacionalización de los sectores estratégicos, industrialización, control público del crédito, creación de empleo público, etc., puede ser posible la salida de la espiral que nos arrastra a la ruina. Y este programa choca directamente con la Unión Europea, concebida como un bloque capitalista cuyo objetivo es crear un espacio de libertad absoluta del capital. Por eso, insistimos en que salir de la Unión Europea es una decisión indisolublemente unida a un cambio en la base económica del Estado español y a una ruptura política con el régimen que la sustenta.

Situación interna

En España, tras la erupción ciudadanista, las fuerzas políticas oligárquicas han recuperado su alianza y vuelven a controlar las instituciones, aunque resulta evidente que no han puesto fin a la crisis del régimen, cada vez más deslegitimado. La confusión sigue dominando el panorama político, que se ve condicionado, además, por la cuestión catalana. La tozuda negativa del Partido Popular a negociar con las fuerzas nacionalistas y su defensa a ultranza del más rancio españolismo refuerzan las posiciones independentistas. Si el plan para alcanzar la independencia sigue adelante, a medio plazo podemos asistir a un agravamiento de la crisis del régimen continuista. No olvidemos que la Constitución monárquica encomienda a las Fuerzas Armadas el

mantenimiento del orden territorial y constitucional del país. No podemos descartar, por tanto, una solución de fuerza en este tema. Por ello, debemos estar muy atentos a los movimientos que se producen en el seno del Ejército y a las manifestaciones públicas de sus mandos.

Con todo, El PP se prepara para una legislatura complicada, pero mucho menos de lo que era de esperar tras estos últimos cinco años de recortes, que terminaron colocando a Rajoy contra las cuerdas. El Pleno del Congreso de los Diputados aprobaba, a principios de diciembre, el techo de gasto y un decreto ley sobre cambios fiscales, con el apoyo de PSOE, Ciudadanos y PNV, con el objetivo de cumplir con los criterios de contención del gasto público impuestos por la UE. Como señalaba *El País*, “*Con Bruselas pendiente de España, la manera más rápida de cerrar la brecha fiscal es recaudar más*”.

Las medidas se han presentado acompañadas con la subida del 8% en el Salario Mínimo, para darles un barniz “progresista”, y se centran en el Impuesto de Sociedades (en el que se suprimen exenciones y deducciones sobre todo a empresas que facturan más de 20 millones de euros) y en la subida de las tasas que gravan el tabaco y las bebidas alcohólicas de alta graduación.

La propaganda de los medios de manipulación de masas alababa el acuerdo “práctico”, “moderado” y “sensato” de sus señorías, que han tenido el tacto de no aumentar los tipos impositivos del IVA e IRPF, los impuestos que más afectan al ciudadano⁴.

Pero lo cierto es que, con esta medida, solo se suaviza algo el vergonzoso trato de favor que la hacienda pública monárquica mantiene con las grandes empresas multinacionales (el tipo real que pagaban hasta ahora las grandes corporaciones, una vez hechas las sustanciosas deducciones y exenciones, era del 6,9%, frente al nominal del 28%). Baste un dato: la recaudación por el IS se desplomó de 44.823 millones de euros a 20.649 (menos de la mitad) entre 2007 y 2015; pues bien, el total de deducciones *por pérdidas derivadas del deterioro de inversiones en cartera* que se han descontado las grandes corporaciones solo entre 2009 y 2012 superó los 88.000 millones, a una media de 20.000 millones por año.

Las grandes empresas han gozado hasta ahora de estos y otros beneficios fiscales, aprobados en 2002 para “incentivar la internacionalización de las empresas españolas”. Hay otros ejemplos del trato de favor de los gobiernos monárquicos (los del PSOE y los del PP) a las grandes empresas, a los rentistas y a los especuladores improductivos. Uno de los más sonados fue la amnistía fiscal aprobada por el Gobierno Rajoy. Hace unos días se conocía otro: la quiebra de siete autopistas radiales, cuyo salvamento, que puede costar a las arcas públicas hasta 7000 millones de euros dependiendo de las sentencias pendientes en las expropiaciones recurridas, es consecuencia de que los contratos se hicieran en su día con una cláusula de Responsabilidad Patrimonial de la Administración (RPA), que obliga al Estado a asumir la gestión de la infraestructura que están en quiebra y, además, abonar a las compañías que tienen la concesión (grandes constructoras como Sacyr, ACS, OHL, Isolux y cajas de ahorro como Bankia, Unicaja, Cajamurcia, etc.) el importe de la inversión que no han recuperado. Un negocio redondo y sin riesgo.

Lo que va quedando claro, en cualquier caso, es que nada sustancial ha cambiado y el Gobierno insiste en mantener lo esencial de sus recortes. Luis de Guindos señalaba en una

⁴ Sirva como ejemplo, para entender la campaña mediática de embellecimiento del acuerdo, que la subida del Salario Mínimo Interprofesional (SMI) será solo para los trabajadores que no lleguen a esos mínimos, pero no se aplicará a los convenios colectivos que usan el SMI como referencia para determinar la cuantía de incremento sobre el salario base o de complementos salariales.

Se excluyen, también, los contratos de naturaleza privada vigentes a la entrada en vigor de este Real Decreto que utilicen el salario mínimo interprofesional como referencia a cualquier efecto, salvo que las partes implicadas acuerden lo contrario. Esto supone que el incremento del 8% del SMI tendrá un carácter muy limitado.

Por otra parte, la mayoría de las normas estatales no usan el SMI como referente, sino el IPREM (Indicador Público de Rentas de Efectos Múltiples), el cual lleva **más de 6 años congelado en 532,51 euros**. Este indicador es el que se toma como referencia para establecer las cuantías de la prestación por desempleo o la renta activa de inserción, por ejemplo.

entrevista reciente: *“Todo se puede perfeccionar, pero hay un núcleo duro de la reforma laboral que no se puede modificar... El gobierno tiene muy claro que el núcleo central de la reforma laboral no se toca”*.

Veremos en qué queda todo, pero no parece que el nuevo talante de Rajoy y su gobierno vaya más allá de lo necesario para apuntalar una legislatura que se presentaba muy complicada. En plena negociación con los dirigentes del PSOE, para pedirles el apoyo a los Presupuestos, por ejemplo, la Ministra de Sanidad adelantaba en una entrevista su intención de subir el repago sanitario de los pensionistas que cobren más de 18.000 euros al año, aunque luego matizó sus declaraciones tras la queja de los dirigentes socioliberales.

En cualquier caso, la realidad económica sigue siendo extremadamente grave: aunque oficialmente el paro baja, el empleo creado es miserable y precario; el Gobierno insiste en fomentar el “emprendimiento”, animando a los parados a capitalizar su desempleo para abrir una empresa; pero en un país como España, en el que el 78% de las pymes tienen que recurrir a la financiación mediante créditos bancarios que las entidades niegan si no van acompañadas de avales sobre activos reales, las pequeñas empresas están abocadas a la ruina o a ser proveedoras de mano de obra barata para las grandes empresas que las subcontratan.

Con esta estructura económica, el nuevo Gobierno no podrá poner más que pequeños parches. De hecho, en el paquete de medidas aprobado, se incluye una prórroga por dos años de la participación del Estado en Bankia y Banco Mare Nostrum (BMN) que llega al 65% de los títulos, lo que viene a indicar que está lejos de completarse el saneamiento financiero (y eso teniendo en cuenta que el Tribunal de Cuentas acaba de hacer público un dictamen en el que, además de apuntar irregularidades en la contabilidad y el procedimiento de gestión de la crisis bancaria, confirma que el salvamento de los bancos españoles ha costado hasta el momento casi 62.000 millones de euros, 42.000 de ellos dinero público).

Durante las últimas semanas, los enfrentamientos entre la corriente de Pablo Iglesias, a la que apoyan los trostkistas, y la de Errejón se han sucedido en Madrid y otras comunidades. Las expulsiones, meteduras de pata y conflictos están a la orden del día en el movimiento podemita. Pero el núcleo reformista de su propuesta no se ha movido ni un ápice; varían las formas, algo más radicales en su retórica en Pablo Iglesias y su gente, más acomodaticias en Errejón. Poco más.

Todos insisten en limitar su “cambio” a las formas, sin tocar los pilares básicos del régimen. En la última fiesta institucional de la Constitución monárquica, pudimos ver un perfecto ejemplo de ello: el “líder” no acudió al “besamanos” de los borbones, tampoco su “rival” Errejón, pero sí fue un elenco escogido de representantes de la “nueva política” encabezado por Echenique, Bescansa y el militar otanista Julio Rodríguez, que simbolizaban perfectamente la aceptación de las reglas de juego del régimen monárquico.

Las estructuras colectivas de solidaridad en los barrios, tajos y centros de estudio se han debilitado hasta el extremo en un largo proceso iniciado con el felipismo, que intentó aniquilar todas las organizaciones que pudieran dificultar su política de colaboración con la oligarquía; hoy, en los barrios de las grandes ciudades, las asociaciones de vecinos languidecen, las grandes empresas que agrupaban a miles de trabajadores se han cerrado, etc.; faltan instrumentos que permitan organizar las demandas populares desde la base o, si existen, están institucionalizados.

Ahora, con las plataformas sectoriales y mareas, se quiere imponer un modelo de organización disperso que fomenta el individualismo; un modelo en el que el militante trabaja o se moviliza por su problema, sin ningún compromiso colectivo, y se limita a opinar sobre alternativas que le vienen dadas, sin conocer las posiciones de los otros sectores, aislado de todo contacto con su gente, con su clase; la solidaridad consciente se ha trastocado en caridad articulada a través de plataformas y ONG ligadas, en muchos casos, a grandes grupos financieros.

Ahora que esas plataformas han perdido gran parte de su dinamismo, Podemos intenta presentarse como el valedor de la gente en el Parlamento y las instituciones. Iniciativas parlamentarias como la que insta al Gobierno a que, en el plazo de cinco años, obligue a la Iglesia Católica a autofinanciarse, son brindis al sol si no van acompañadas de una movilización

organizada y con objetivos generales. Hoy, los instrumentos de organización, que, aunque limitados y controlados mayoritariamente por oportunistas, han permitido mantener una cierta movilización frente a las políticas reaccionarias de los distintos gobiernos de la monarquía y una mínima coordinación de la oposición consecuente, han sido puestos en cuestión por la política pequeñoburguesa de Podemos, que pretendía construir su movimiento en torno a un puñado de líderes.

Ahora, la izquierda institucional se ha quitado las máscaras: el aparato del PSOE ha pasado a apoyar al PP abiertamente, aun a costa de una permanente tensión interna que no termina de cuajar en nada por falta de referencias verdaderamente superadoras de su histórico papel de fuerza de colaboración institucional con el régimen monárquico. Unidos Podemos, por su parte, intenta erigirse en representante de la oposición “radical”, vaciando de contenido verdaderamente transformador el término “radical”, pero encuentra muchas dificultades porque no tiene cuadros fogueados en la pelea política, ni organización estable capaz de articular una oposición sostenida, ni objetivos creíbles. Se limitan a mantener una cierta actitud de “oposición”, a la espera de que los siguientes pasos del campo “constitucional-monárquico” debiliten al PP y sus socios.

Este panorama debiera abrir expectativas de superación del ciudadanía. Y sin embargo, Unidos Podemos sigue manteniendo un innegable tirón electoral y continúa siendo confuso en extremos el panorama político en el campo popular. Ya no son alternativa, pero siguen siendo fuertes en las instituciones burguesas y confunden desde ellas a los sectores más activos del movimiento popular, por lo que harán todo lo posible para evitar rivales.

Para los comunistas, sigue en pie denunciar su papel y trabajar hacia una verdadera Unidad Popular en torno a un programa de ruptura con el régimen, respetando la soberanía de cada organización, en lugar de combatir, como hacen las corrientes ciudadanistas, el concepto mismo de organización permanente, sin el que la lucha del proletariado está condenada al fracaso.

Hemos intentado avanzar hacia esa unidad con la propuesta del Programa republicano de Ocho Puntos, que hoy se ha convertido en una referencia del campo popular. Pero una cosa es que la mayoría de las organizaciones acepten el programa (o incluso lo hagan formalmente suyo, copiándolo literalmente en sus alternativas), y otra bien distinta que estén dadas las condiciones reales para esa unidad.

Ya sabíamos que el desengaño provocado por el ciudadanía iba a traer frustración y confusión a los sectores más activos del campo popular. Pero, con la derecha asentada de nuevo en las instituciones, la movilización bajo mínimos y la perspectiva de nuevos recortes, nuestra clase va a buscar, más temprano que tarde, nuevas vías para canalizar políticamente su malestar. No debemos subvalorar la posibilidad, incluso, de que, como ocurre en otros países de Europa, un sector de la derecha fascista intente dirigir, utilizando una retórica “radical” y populista, el descontento popular hacia el fascismo. Hasta ahora no ha sido así porque el PP integra a estas corrientes, pero no es de descartar que esto pueda ocurrir en el futuro.

En cualquier caso, los dos últimos años de ofensiva del oportunismo han debilitado más aún las organizaciones que agrupan al proletariado. Y es preciso contribuir a reforzar la cohesión de los sectores populares hoy dispersos. Esa necesidad es mayor si cabe entre los jóvenes, cuyas condiciones de vida y trabajo dificultan objetivamente el que se integren en la acción política organizada.

Hemos analizado otras veces cómo los cambios en la estructura laboral no han ido acompañados de cambios en la estructura de los sindicatos que permitieran recoger a los sectores de nuestra clase más desprotegidos frente a la patronal. Por el contrario, el sindicalismo ha caminado en el sentido contrario al que debería (y muchas veces por la acción consciente de los oportunistas disfrazados de radicales), desgajando sindicatos corporativos de las grandes empresas⁵.

⁵ En la Conferencia sobre Movimiento Obrero y Sindical de 2005 señalábamos una cuestión que sigue siendo vigente respecto a aquellos “radicales” que desprecian el trabajo sindical en CCOO y UGT por ser sindicatos controlados por oportunistas; decíamos: «...*algunos oportunistas hacen de la “pureza” de principios la base de la lucha social y su expresión organizada en los sindicatos...* Estos oportunistas

Hoy, las cifras hablan por sí solas: el 99% de las empresas tienen menos de 50 trabajadores, la cifra media de empleados por empresa es de 4,7, frente a 5,7 en Francia u 11,7 en Alemania. Los jóvenes están abocados a trabajos temporales con alta rotación (la tasa de temporalidad española es la segunda en Europa tras la de Polonia: el 92% de los contratos que se firman son temporales, la duración media de los contratos es de 51 días y en noviembre pasado el 26% de ellos se firmaron con una duración de una semana). Un joven en España, por lo tanto, no tiene seguridad frente al patrón, ni está amparado por la actividad sindical, porque en la mayoría de las ocasiones trabaja en empresas que no tienen siquiera representación sindical, al ser de menos de 6 trabajadores. Los jóvenes trabajan dispersos y sin perspectivas. En esas condiciones, es difícil su organización voluntaria, porque no ven en el sindicato una defensa real.

Los sectores de nuestra clase que crecen son precisamente los jóvenes, que trabajan en pymes y micropymes, con contrato temporal y sin derechos. La organización sindical en nuestro país está controlada, sin embargo, por una aristocracia obrera envejecida y cuyos intereses se ven amenazados constantemente por las reformas y recortes impuestos por el Estado, por lo que intenta a toda costa blindarse, centralizando el aparato por medio de fusiones entre federaciones de sector, algunas tan peculiares y extrañas como la de banca y hostelería en CCOO. La consecuencia de estas tendencias opuestas ha sido la creciente separación entre el sindicato y los trabajadores, particularmente los jóvenes.

Esta contradicción, que lleva desarrollándose largo tiempo (a veces, atenuada en época de relativa bonanza económica; otras veces, en época de crisis como ahora, de forma muy aguda), empieza a amenazar la propia viabilidad del movimiento sindical, provocando un intenso debate interno en las organizaciones, que debemos impulsar.

CCOO celebra su Congreso Confederado en junio y el debate que tiene ante sí el sindicalismo de clase, aunque quede eclipsado por la pelea amañada entre los dirigentes, es de gran profundidad y tiene mucha importancia.

Los datos muestran que la juventud no se siente identificada con la organización sindical, entre otras razones porque, como decimos, la actual estructura de los sindicatos no les permite defender con eficacia a los sectores dispersos y débiles del proletariado, lo que reduce la eficacia del sindicalismo en su conjunto, por su incapacidad de dar respuestas generales.

El pasado año se puso en marcha en CCOO un proceso denominado "Repensar el sindicato" que, a pesar del retraso y lentitud en su ejecución, y sus carencias, hizo surgir propuestas que cuestionan gran parte de la política sindical y organizativa de los dirigentes oportunistas, en particular la falta de participación y la separación del sindicato respecto de los sectores más débiles del proletariado y la consecuente necesidad de realizar consultas vinculantes antes de la firma de los acuerdos generales y de acercar el sindicato a los jóvenes, abriendo su rígida estructura sectorial, para superarla.

Es difícil establecer cuál será el resultado del Congreso, aunque lo previsible es que no altere sustancialmente la correlación de fuerzas interna porque el aparato utilizará todos los recursos organizativos y represivos para imponerse; pero, cualquiera que sea el resultado final de XI Congreso, la crisis interna tenderá a agudizarse, porque los oportunistas han renunciado a la lucha para hacer avanzar la negociación colectiva y siguen empeñados en un diálogo social que no es viable sin una movilización contundente y sostenida.

La presión sobre las pensiones públicas, así como la negativa del Gobierno a tocar sus reformas regresivas y a abrir el "diálogo social" con los oportunistas, van a obligar a estos a intentar lavar su cara ante la clase obrera. La primera reunión, en diciembre pasado, del "diálogo social" con el gobierno Rajoy fue una patética muestra de la debilidad de los oportunistas. El

radicales que nos hablan de la necesidad de construir sindicatos "revolucionarios" deberían gastar sus energías en trabajar por reconstruir organizaciones políticas revolucionarias y en llevar la batalla ideológica al seno de sus partidos, donde se ha hecho carne el principio de colaboración con el capital... Cuando la dinámica del capitalismo en su fase imperialista provoca un incremento de la fragmentación de los intereses inmediatos de los trabajadores, enfrentando muchas veces a trabajadores contra trabajadores en la negociación colectiva, la dispersión sindical, a la vez que un producto de esa fragmentación de intereses, contribuye a separarlos aún más...»

desprecio del Gobierno, que insistió en que los aspectos sustanciales de las reformas y recortes no se van a tocar, fue respondido por una convocatoria limitada de manifestaciones el 15 de diciembre, que únicamente tuvo alguna importancia en Madrid. Es posible, por ello, que en los próximos meses los dirigentes de CCOO y UGT no tengan más salida que convocar movilizaciones. Habrá que estar atentos, para implicarnos a fondo en ellas.

Debemos tener en cuenta también que las fuerzas populistas intentan erigirse en cabeza de la oposición popular, para lo que necesitan llegar a la clase obrera. Están intentando tender lazos, como señalábamos más arriba, con los dirigentes oportunistas; pero, si lo necesitan, fomentarán también todo tipo de plataformas dispersas, o instrumentos como los protocolos de responsabilidad social corporativa de las grandes empresas, frente al movimiento sindical de clase. Por eso, no nos cansaremos de insistir en la necesidad de que trabajemos activamente en los sindicatos y hacia el movimiento obrero.

¿Qué debemos hacer? La correlación de fuerzas en el campo popular ha sufrido una gran transformación en apenas dos años y medio. Nada de lo que parece consolidado ahora lo está realmente. Los próximos meses van a seguir produciéndose cambios y debemos estar pendientes.

Es preciso reforzar nuestro contacto y coordinación con los sectores del movimiento popular activos, porque no se va a tardar en ver con claridad si el populismo ciudadanista consigue el objetivo de imponer su visión reformista y consolidar su presencia en las instituciones o, como todo parece indicar, se desinfla y divide; vamos a ver si los partidos constitucional-monárquicos son capaces de mantener el consenso entre ellos en los asuntos centrales, si realmente están dispuestos y pueden aplicar una política común para reconducir el malestar social y recuperar la paz social, o si, como todo parece indicar, los distintos sectores de la burguesía, inmersa en una crisis estructural tan profunda como la actual, buscan otras salidas para defender sus intereses.

Tenemos razón al decir que si las movilizaciones no se unifican en torno a un objetivo general, que se resume en la necesidad de la ruptura con el orden oligárquico que representa el régimen monárquico, no será posible encarar los gravísimos problemas que aquejan a la economía española, ni el recorte de libertades; pero no podemos olvidar nunca que las masas parten de su experiencia personal, de lo concreto, para llegar a lo general. Debemos, pues, aprender a ligar nuestras propuestas generales con las reivindicaciones inmediatas del ámbito en el que desarrollamos nuestra actividad política.

No en pocas ocasiones se nos ha achacado el no ser lo suficientemente flexibles al tratar con otras organizaciones el enfoque de las movilizaciones. Una cosa es tener iniciativas propias y determinar con precisión, una vez estudiado colectivamente, cuáles son las convocatorias y los programas concretos en los que intervenimos, sin dejarnos arrastrar por las prioridades que marcan otras corrientes políticas, y otra bien distinta es pretender que se asuman todos nuestros postulados desde un principio. Hemos avanzado, pero no lo suficiente; debemos aprender a ser hábiles en cuestiones tácticas.

En este contexto, la rigidez por nuestra parte sería suicida; no queda otra que adaptarse a los ritmos que la realidad nos marca y *pegarnos* a los sectores activos para ayudarles a hacer el camino junto a nosotros, con la máxima flexibilidad en lo tocante a los instrumentos de organización que utilicemos.

Para reconstruir el tejido orgánico que permita a nuestra clase intervenir con eficacia, necesitamos primero implicarnos más en las organizaciones de masas existentes y consolidadas y, de modo particular, en los sindicatos. Y necesitamos también trabajar abiertamente con otras organizaciones que compartan, aunque sea en las formas, la necesidad de la Unidad Popular y que esta no puede construirse sin un programa de ruptura radical con el modelo actual, para realizar actividades conjuntas de extensión del programa de los *Ocho Puntos*, debates, jornadas de formación, participar con ellas en las movilizaciones unitarias, etc.

Resumiendo

La situación objetiva es explosiva en todos los órdenes. El capitalismo camina hacia la guerra descarnada entre clases y tenemos que hacérselo ver a las masas. Somos débiles, sí; no solo nosotros, sino la izquierda en su conjunto. Pero existen razones –y una gran necesidad– para superar la debilidad y alcanzar la unidad.

Se trata, pues, de pegarnos a lo concreto y utilizar todos los instrumentos a nuestro alcance para denunciar la falta de salida desde unas instituciones copadas por la burguesía, que se limita, en el mejor de los casos, a blandir los problemas de la mayoría trabajadora en sus luchas políticas y proponer reformas que todos sabemos que no pueden cumplir sin una ruptura radical con el régimen de la oligarquía.

Se trata de recuperar las estructuras de organización que permitan a nuestra clase encarar la lucha, utilizando todos los resortes.

La historia no va a dar tregua; la descomposición del imperialismo se acelera, la cuestión es reforzarnos para avanzar hacia su derrota.